INTRODUCCION

Vamos a centrar nuestra atención y reflexión en el voto de castidad desde una perspectiva carismática, es decir, pararnos en esas claves que nos distinguen en la vivencia de este rasgo característico de la vida consagrada, pero que desde nuestra identidad tiene determinados matices que es justamente lo que nos distingue.

Teniendo en cuenta la herencia recibida de nuestros Fundadores y su propia experiencia vamos a dividir esta reflexión en cuatro apartados, que no pretenden agotar las claves carismáticas de nuestro voto de castidad, pero que son bastantes importantes y definitorias, que hemos de tenerlas presentes en nuestro vivir cotidiano y servirnos de ellas como una guía en nuestro camino de fidelidad a Jesucristo, el cual nos llamó para vivir como él y la única razón que justifica nuestra castidad.

**1ª CLAVE: *La pasión por Jesús y sus cosas;*  *Somos mujeres enamoradas***

Esta afirmación nos viene dada con claridad y contundencia por el Padre Castro, en cuyos escritos plasma su sueño, como él quería que fueran sus Obreras: *mujeres con un corazón encendido en al amor a Jesucristo, que desean con toda su alma revestir su propio corazón de los sentimientos de que está revestido el Corazón de su esposo Jesucristo… Una mujer amante del Divino Corazón que nada hará que no lo haga por su amor… Un ser verdaderamente enamorado y amigo del Divino Corazón… Una mujer que no solo ama a Jesucristo, sino todo lo que a él se refiere…*

Estas frases entresacadas de una conocida reflexión del P. Castro donde explica quien es la Obrera del Corazón de Jesús son muy esclarecedoras, pues al intentar explicarnos no se para en decir qué hacemos, como nos movemos en el mundo, que aporte hacemos en la Iglesia, sino que más bien se centra en hablar de nuestro amor, de la pasión que tiene que movilizar nuestra vida y sustentar nuestra vocación y fidelidad y es que por su propia experiencia sabía que sólo un corazón seducido por el amor de Dios, un corazón abierto y encendido por el amor es capaz de movilizarse en el seguimiento de Jesús con dinamismo y alegría. El tema del amor nos juega mucho a los seres humanos. Entre las muchas pasiones, positivas y negativas, que enumera, santo Tomas señala el amor como la pasión primera y principal, la fuente de todas las pasiones positivas e incluso de aquellas que podrían llamarse negativas. El amor es la raíz y el motor de las demás pasiones o emociones, las que nos acercan a lo bueno y deseable o las que intentan alejarnos de lo malo y desagradable (Summa Theologiae, I-II, 25, 2-4). El amor es la fuente del deseo, del gozo, de la esperanza..., que nos acercan a lo bueno y deseable. Pero es también la fuente indirecta del odio, de la aversión, del dolor y la tristeza, de la desesperación, del temor y hasta de la ira..., que intentan alejarnos de lo malo y desagradable. Por eso es tan importante saber cuál es nuestro amor, por quien o por qué estamos apasionadas. Preguntar por nuestro amor es preguntar por nuestra pasión. ¿Nos vivimos como mujeres enamoradas y amantes de Jesús y los suyos? Esta es la primera pregunta que tenemos que hacernos hoy. Si nos falta pasión, nuestra vida no tiene sentido, perdemos parte de nuestra identidad. Si nuestra pasión es errada, nuestra vida puede llegar a ser un fracaso, podemos permanecer sin ser fieles.

Por tanto, nuestra castidad es la castidad de una mujer seducida, La palabra seducción acentúa el carácter personal en la vivencia del voto. Quien nos seduce es un Dios que se hace carne. No nos seducen las tareas, ni las causas sino un rostro y un cuerpo que es el permanentemente traspasado en la historia. Un rostro que toma mil colores y acentos y razas. Sentirnos seducidas es algo íntimo e interiorizante que se traduce en un modo de estar y relacionarnos en la vida. Es una experiencia personal e intransferible que como todo enamoramiento es difícil de explicar y aunque podamos dar razón de algún modo de ello siempre tiene un plus de incomprensión. Esta seducción es puro don. La iniciativa no es nuestra, pero a nosotros nos toca acogerla, agradecerla y cuidarla, conscientes que *llevamos un tesoro en vasijas de barro* (Cor 4,7-12). Se nota cuando esta seducción permanece viva y operante en la persona y cuando el paso del tiempo o las falsas motivaciones llevan a una persona a vivir su castidad sin enamoramiento. Quizá sea un buen momento de invitarnos a volver al primer amor, a recordar una y otra vez la historia de nuestra seducción y los movimientos interiores que se daban en nuestro corazón enamorado.

Porque nuestra seducción de carácter místico y amoroso, pero también *ligada a una misión*, es *una seducción para algo,* aunque ese algo no sean tanto tareas concretas como un proyecto de vida compartida y solidaria que en cada momento puede ir tomando concreciones bien distintas

Castidad, pobreza y obediencia son tres dimensiones unidas entre sí en esta experiencia de seducción, juntas expresan una existencia vivida en la provisionalidad y la confianza, en la apertura a la sorpresa de Dios en la historia *“Buscad el Reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura” (Lc 12,31)*

2ª CLAVE: ***La maternidad espiritual; somos mujeres fecundas***

Este es un elemento que formó parte de la vida de nuestra Fundadora de tal manera que según sus propias palabras consideró a la Congregación como su hija más pequeña. En ella la maternidad se da de forma muy plena, pues fue madre biológica y por ello mismo supo vivir con mucha hondura la maternidad espiritual que posteriormente ejerció. Para muchas hermanas, según los comentarios que a veces se escuchan, el hecho de que nuestra Fundadora tuviera hijas, fue un inconveniente ya que vivieron en sus propias personas, la parte negativa que esto pudiera llevar consigo, pero es necesario que miremos este hecho desde otra perspectiva, sobre todo para sacar de él todo lo bueno que tiene, toda la riqueza que ha aportado a la trayectoria histórica de la Congregación y sea para nosotras hoy un reto y una invitación a vivir con profundidad nuestra consagración de manera que ésta no sea estéril, sino que dé frutos abundantes.

Si estamos llamadas a amar hemos de preguntarnos constantemente por la calidad de nuestro amor. Decía Erik From que es el amor maternal es el de más calidad. Podemos aportar algunos rasgos de esta forma de amar:

. La acogida y aceptación del otro de manera íntegra (normalmente las madres saben querer a sus hijos como son).

. La donación real de toda su persona (las madres no suelen regatear sacrificios de todo tipo, saben renunciar y dar todo lo que pueden en favor de sus hijos)

. El amor maternal es delicado, atento, constante, sabe educar y acompañar

. Es un amor que sabe comunicarse, que no hace mal, es generoso y desinteresado (la mayoría de las madres no tienen más interés que la vida y el bienestar del hijo)

. Es un amor que se olvida de si, que tiene su centro fuera de ella misma, es un amor que ayuda a vivir referida a otro u otra.

. Es un amor que respeta a la otra personas, su libertad y autonomía y que enseña al otro a amar.

En estos u otros aspectos que cada una podemos nombrar en base a nuestra experiencia de hijas, podemos encontrar elementos que nos ayuden a amar, a purificar nuestro amor de manera que nos ofrezcamos mutuamente y a los demás que no son de la comunidad ese apoyo maternal que todo ser humano necesita y en todos los momentos de su vida. No en vano el Papa Francisco, hacía esa invitación a las Superioras Mayores, invitándolas a vivir la castidad desde la fecundidad

*La castidad por el reino de los cielos muestra cómo la afectividad tiene su lugar en la libertad madura y se convierte en un signo del mundo futuro, para hacer resplandecer siempre el primado de Dios. Pero, por favor, una castidad «fecunda», una castidad que genera hijos espirituales en la Iglesia. La consagrada es madre, debe ser madre y no «solterona». Disculpadme si hablo así, pero es importante esta maternidad de la vida consagrada, esta fecundidad. Que esta alegría de la fecundidad espiritual anime vuestra existencia; sed madres, a imagen de María Madre y de la Iglesia Madre. No se puede comprender a María sin su maternidad, no se puede comprender a la Iglesia sin su maternidad, y vosotras sois iconos de María y de la Iglesia.*

Descubramos y vivamos ese potencial que la naturaleza nos ha aportado al ser mujeres que sólo renuncian a la exclusividad en el amor.